

CETYS UNIVERSIDAD

Las proporciones de la resistencia



Acercamientos a la obra de Javier Sicilia



Carlos González Palacios

Luis Enrique Linares

Carlos Mendoza-Álvarez

Raúl Fernando Linares

Enzia Verduchi

Prólogo de Miguel Ángel Osuna

Ideas y pensadores de hoy

*Las proporciones de la resistencia:
Acercamientos a la obra de Javier Sicilia*



DIRECTORIO DEL SISTEMA CETYS UNIVERSIDAD

Dr. Fernando León García
Rector

Dr. Alberto Gárate Rivera
Vicerrector Académico

C.P. Arturo Álvarez Soto
Vicerrector Administrativo

Dr. Jorge Ortega Acevedo
Coordinador del Programa Editorial

**Las proporciones de la resistencia:
Acercamientos a la obra de Javier Sicilia**

*Carlos González Palacios
Luis Enrique Linares
Carlos Mendoza-Álvarez
Raúl Fernando Linares
Enzia Verduchi*

Prólogo
Miguel Ángel Osuna

*Las proporciones de la resistencia:
Acercamientos a la obra de Javier Sicilia*

D. R. © Los autores

D. R. © Programa Editorial del CETYS Universidad
Instituto Educativo del Noroeste, A. C.
Calzada CETYS s/n, Colonia Rivera, Mexicali, B. C.
C. P. 21259. Tel. 5685673700
www.cetys.mx

Primera edición, agosto de 2021
ISBN: 978-607-99265-2-6

Edición, corrección y maquetación: Néstor de J. Robles Gutiérrez
Diseño de cubierta: Rosa María Espinoza
Ilustración de cubierta: Carlos Antonio Cruz Rojas

La presente es una edición de circulación cerrada y exclusiva del CETYS Universidad. Queda prohibida, sin la autorización expresa del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

Contenido

Prólogo: Encuentro(s) con Javier Sicilia <i>Miguel Ángel Osuna</i>	9
Las proporciones de la resistencia: Entrevista con Javier Sicilia	17
Javier Sicilia, un poeta en resistencia contra la ceguera de los absolutos <i>Carlos González Palacios</i>	49
Espiritualidad y misticismo como relato y como retrato <i>Luis Enrique Linares</i>	73
La mística desde su reverso: sobre la an-arquía divina o “El no que mantiene la vida” <i>Carlos Mendoza-Álvarez</i>	95
En la múltiple oscura presencia de las cosas: Javier Sicilia o la poética del silencio <i>Raúl Fernando Linares</i>	105
Caminar porque “la poesía ya no existe en mí” <i>Enzia Verduchi</i>	137
Sobre los autores	149

Prólogo:
Encuentro(s) con Javier Sicilia

Miguel Ángel Osuna

Este libro comenzó a prepararse mucho tiempo atrás, antes de la contingencia sanitaria impuesta por la pandemia. En ese entonces, el plan de esta obra apenas se formaba y aún no éramos capaces –¿lo somos ahora?– de dimensionar la hecatombe que ha venido a sacudir las certidumbres de la modernidad y su adlátere, la postmodernidad. Antes de la dispersión y la fragmentación de lo comunitario, antes de la hibridación de los entornos que habitamos, antes de la pantallización de la realidad que la ha sometido a una mayor distalidad, como dice Javier Sicilia, autor homenajeado en este libro.

Estas notas de prólogo se ensayan cerca de dos años y medio después de que la entrevista/conversación, que configura el tronco de este libro, ocurrió; a más de un año de que los textos rama que lo conforman fueron escritos. Mucho de lo anotado aquí debe leerse con los ojos de esa época, que un par de años atrás caminábamos, y que ahora pareciera tan distante como lo es todo lo que se prolonga en la nostalgia; antes de que la tragedia planetaria sembrara dolor, desolación y muerte, y que particularmente en nuestro país ha generado casi un cuarto de millón de víctimas fatales y cientos de miles de víctimas en daños a toda escala, que

bajo ninguna forma debieron serlo por varios motivos, entre ellos si el estado que nos rige hubiese cumplido con las obligaciones primeras de salvaguarda de toda integridad para las personas y la ejecución de planes de salud pública en contingencia, ajenos a la pusilanimidad y sinrazón política que los ha caracterizado.

Este texto intenta proponerse como memoria de una prolongada conversación, y no me refiero a la reproducida en este libro, sino a otra que también se ha gestado mucho tiempo atrás, a partir de mi primer acercamiento a la obra de Javier Sicilia hacia 1993, así como el primer encuentro con su persona en 1994, lo recuerdo bien.

Siendo yo estudiante de cursos de verano en el Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana (Imdosoc) —una asociación que anima el estudio y reflexión en torno al pensamiento social católico—, y preparando en fin de semana la salida a un paseo por la ciudad capital para quienes, como en mi caso, apenas entrado en la edad adulta la visitamos por primera vez, coincidí que los sábados, dicho instituto alojaba una reunión de intelectuales —algunos de ellos de confesión católica— en una animada tertulia que después se conocería como el Club Chesterton.

Me encontraba sentado en una banca a la espera del grupo de paseo y vi llegar a un joven varón que rayaba los cuarenta años, quien cargaba bajo el brazo una pila de revistas cuyo diseño me fue inconfundible. Tratando en entrever las portadas de las mismas, se acercó otro grupo de personas e introdujo a un acompañante en presentación a ese joven que ya empezaba a dibujar canas en barba y el pelo largo en coleta.

—Javier, te presento al padre Scannone —dijo uno entre el grupo. Debo anotar que Juan Carlos Scanonne era ya reconocido como uno de los principales epistemólogos del pensamiento social católico a nivel mundial.

—Juan Carlos —dijo el sacerdote con sencillez.

—Qué alegría, padre, soy Javier Sicilia —dijo el joven escritor que cargaba los últimos ejemplares de la revista *Ixtus*, *Espíritu y Cultura*, que hacia poco más de un año atrás había irrumpido en la escena intelectual mexicana como discurso cristiano de pers-

pectiva comunitarista y anarquista, y que intentaba ser una voz media entre las posiciones más radicalizadas de izquierda y derecha. Animada por un grupo de amigos —ya entonces pluriforme de poetas, artistas, escritores e intelectuales— que se afirmaban en la confesión católica pero que también sabían abreviar de muchas otras fuentes y tradiciones, sumaría varias páginas narrar cómo llegó a mis manos dicho ejemplar.

Cuando escuché el nombre de Javier Sicilia me dirigí a quien se presentaba y, sin tener parte en la conversación que ya otras personas iniciaban —al menos entre ellas estarían Gabriel Zaid y Julio Hubbard—, lo saludé.

—Maestro Javier, conozco la revista que has iniciado hace algún tiempo y debo decirte que la tengo como un tesoro, especialmente el primer número, porque en sí mismo representa casi el manifiesto de algo pero no sé exactamente qué, sin embargo —añadí—, aunque tengo un ejemplar, no sé cómo suscribirme.

La palabra internet no tenía *locus* aún y yo era un simple estudiante provinciano del norte.

—No soy ningún maestro —se dirigió a mí con deferencia—, y dime Javier. Qué bueno que te ha gustado *Ixtus*. Toma el nuevo ejemplar, ahí viene una ficha; ponla en el correo con tus datos para que te llegue.

Todavía conservo la colección de la revista, especialmente ese número obsequiado por el director, que es en el que se publicó “Lecturas”, el hermoso poema de Cezlaw Milosz: “¿Qué tiene de bueno —me preguntaste—, leer el evangelio en griego? Te respondo que es muy propio de nosotros mover nuestro dedo a lo largo de las letras que perduran más que esas grabadas en la piedra”.

Después de aquel encuentro inicial, muchas inquietudes intelectuales se habían despertado en mí como lector de la revista *Ixtus*, y se concretaron en la forma de querer conocer cada vez más las obras y autores que se presentaban en esa publicación. Debo decir, a veinticinco años de distancia, que llegué a ser un avezado conocedor de la estructura de la revista. En otro momento, en otro curso de verano, Alberto Athie, que siendo profesor en el curso, ubicaba mi afición por la obra siciliana, se acercó

conmigo, sacó su teléfono Palm y de ahí me anotó un número en un papel y me dijo: —Llámale a Javier Sicilia, tienes que platicar con él. Le dará gusto saber que tiene un lector en el norte tan conectado con su pensar.

Para mí, ese momento fue como un destello o una revelación. Ahora, teniendo ya la edad de Sicilia de entonces, entiendo que fue el principio de una prolongada conversación y amistad. Regresando a Mexicali, ese mismo verano de 1998, le marqué.

—Bueno —contestó del otro lado Javier Sicilia, con esa voz estentórea que suele caracterizarlo.

—Mucho gusto, maestro, gracias por atender —le dije—. Tuve oportunidad de saludarlo hace algunos años y me obsequió usted un ejemplar de *Ixtus*. Quería compartirle que me he suscrito y me ha gustado mucho el cambio de formato. —La revista había entrado a su segunda época de mayor difusión comercial y publicitaria.

—Recuérdame dónde nos saludamos —me dijo. Le referí la forma en que lo conocí en aquel saludo al maestro Scannone.

—Ya me acordé —me dijo—, hace como cinco años de eso y esa vez te dije que no me dijeras maestro. Te hubieras quedado a la tertulia, ese día conversamos sobre el bien y el mal en la literatura mexicana. —Algo así fue el tema que refirió—. Cuando vuelvas a venir al Distrito Federal, llámame antes para darte mi dirección y las señas para que te vengas a Cuernavaca a tomar un café y conversar, si te llegas a quedar acá y coinciden los días, te invito a reunión con los del grupo de la revista y unos jóvenes con los que nos reunimos para hacer oración, y si no puedes, que sea un mismo día de ida y vuelta, te escapas para acá. Te veo cerca de la estación Casino de la Selva...

Para entonces, no solo devoraba la revista sino que había leído toda su obra literaria previa: *El Bautista*, *El reflejo de lo oscuro*; así como su poética: *Permanencia en los puertos*, *Oro*, *Trinidad*, que recopilados en diferentes ediciones conforman *La presencia desierta*.

Al año siguiente —ya nos comunicábamos con alguna frecuencia por correo electrónico, si el tema no era *Ixtus*, lo era entonces algún artículo suyo en *Siempre!*, *La Jornada* o *Proceso*— lo

encontré en Cuernavaca. Me entregó un ejemplar de *Viajeros en la noche*, su tercera novela en ese momento recién publicada. Allí hice mi compromiso con él de difundir la revista y empecé una amistad con otros participantes del grupo *Ixtus*, amistad que, a pesar de la distancia y la dispersión, aún mantengo con algunos.

Desde que fui invitado a escribir estas palabras, no he podido dejar de pensar en estos sucesos de hace más de veinte años. Siento que mi conversación en torno a la obra de Javier Sicilia es interminable. Él lo sabe y se lo agradezco. Al paso de los años, a pesar de ser interlocutor menor de su obra y que en muchas circunstancias que hemos coincidido —o incluso en algunas pensando en desacuerdo—, he afianzado muchas intuiciones que fui construyendo como lector aún en la época más inicial.

Estos recuerdos estuvieron conmigo cuando acompañé a los doctores Carlos González y Luis Linares, con sus esposas, a conversar/comer/entrevistar en una agradable tarde/noche en Cuernavaca. Ahí en el vestíbulo del hotel fui testigo y participe de la entrevista que forma parte del cuerpo central de este libro. En muchas cosas pensaba y otras tantas evocaba, como la obligada memoria de la tragedia de sinsentido y horror que anota la biografía de Sicilia, el asesinato de su hijo Juan Francisco, ocurrida a un mes de habernos visto en Mexicali, cuando participó en la Feria del Libro Universitario. Muchas veces nos saludamos Juan Francisco y yo por teléfono —porque con frecuencia él era quien respondía en casa—. La última vez que hablé en persona con *Juanelo*, sabiendo él que mi novela favorita de su padre era *El reflejo de lo oscuro*, me contó sus recuerdos de niño en la mesa escuchando a su padre hablar y hablar sobre Fesch, el converso católico guillotinado sobre el que versa la novela.

Y pensaba en esa tragedia, como ventana al infierno en la que se ha convertido nuestra casa mayor y que fue detonante de una de las movilizaciones no violentas más simbólicas y profundas en significado que se haya articulado en nuestra patria, con alcance de voz, convocatoria e interlocución a dimensiones nacionales e internacionales que reconfiguraron a Javier Sicilia como sujeto de lo público y, aunque somos muchos los que ya conocíamos su obra,

su proclama de refundación del pacto nacional y visibilización de las víctimas lo colocó como un referente –sin pretender serlo, de eso estoy seguro– de ese destello de movilización social que representó el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad. Los sueños del MPJD aún pueden ser fecundos si se logra articular la voz dispersa de las víctimas en una narrativa que las abrace y que, a la vez, haga memoria de la tragedia humanitaria que azota a nuestra nación desde los últimos treinta años del imperio del necropoder, que en México toma la forma de narcopoder corrupto y criminal.

Empero, este libro no es uno de memorias unipersonales. Este libro tiene muchos propósitos. Se coloca como el segundo en la colección Ideas y Pensadores de Hoy que el Programa Editorial de CETYS Universidad ha iniciado con un primer número dedicado a Noam Chomsky, y que pretende consignar una colección monográfica dedicada a voces y a sujetos comprometidos desde diferentes ejes axiales de pensar y de obrar.

He visitado una y otra vez los textos que conforman la segunda parte de este libro que quiere dejar memoria de una de las obras de crítica política y cultural no sistémica, más importantes de la última etapa del siglo XX y XXI en México. Ayudado por dichos textos podría evocar muchas de las discusiones y polémicas en las que conozco aparece implicado Javier Sicilia, sus dichos, o sus hechos. Pero debo permitir que otra conversación inicie, la que se establece entre el lector y los que aquí escriben; son varias las voces que desde disciplinas diversas e incluso saberes en perspectiva siempre humanista, dan testimonio escrito aquí de la importancia de la obra que nos ocupa.

En “Javier Sicilia, un poeta en resistencia contra la ceguera de los absolutos”, Carlos González nos propone una lectura en clave política que surge de la revisión de buena parte de la obra periodística de Javier Sicilia dedicada al análisis crítico/político de los últimos seis o siete años. Y donde haciendo notar las categorías influidas por diferentes fuentes y pensares, Sicilia intenta recuperar las nociones de proporcionalidad, medida, memoria y evocación de un principio que no se expresa como poder sino como don; como recuperación de alteridad; como resignificación

de lo comunitario y su propio estamento. Esta perspectiva o lectura política de la obra de Sicilia, camina seguida por el texto de Luis Linares, “Espiritualidad y misticismo como relato y como retrato”, en donde se ensaya una lectura en clave de la propuesta mística y la originalidad que toma en la obra de Sicilia. Linares establece estructuras o –si se me permite– patrones internos en las formas en que se expresa la obra mística de Sicilia y nos acerca a ese talante profundo del autor que, formado principalmente en la tradición católica, ha tematizado de manera fecunda especialmente en esa otra de sus variantes que es la llamada espiritualidad de la cruz.

Las lecturas política y mística articulan el gozne idóneo sobre el que versa la aproximación teológica de “La mística desde su reverso: sobre la an-arquía divina o ‘El no que mantiene la vida’”, que nos presenta la pluma de Carlos Mendoza Álvarez. Tenemos en Mendoza Álvarez al principal teólogo mexicano vivo, que en estos tiempos formula su pensar desde el Boston College y que, cercano amigo de Sicilia, es profundo conocedor de su poética asumida en lectura de reverso an-árquico, en cuanto tentativa de poner todo fundamento del decir en lo indecible, en lo que no se puede expresar con un principio fundamental entendido como poder, sino estableciendo un des-fundamento de la realidad que solo tiene asidero en su sustento amoroso.

A estos límites del no decir y lo apofántico del lenguaje, se acerca “En la múltiple oscura presencia de las cosas: Javier Sicilia o la poética del silencio”, de Raúl Linares. Desde categorías varias en torno al lenguaje, pragmatolingüísticas y performativas incluidas, el autor nos acerca a la comprensión de la poética que surge cuando la densidad de la realidad es subsumida por el silencio como disposición, pero también como actitud que dispone al poeta para la captación de los múltiples sentidos que atisba la realidad y que brota como palabra escrita; así, configura esa obra poética que la experiencia de la tragedia ha truncado, colocándolo frente al abismo, y a esa especie de solipsismo que deviene en aturdimiento.

Finalmente, en “Caminar porque la poesía ya no existe en mí”, Enzia Verduchi –única voz femenina del libro– hace memo-

ria del presente, pues al evocar los inicios, la configuración y el largo recorrido del MPJD, nos hace comprender, en una narrativa casi situacional, el parteaguas que significa la tragedia personal y la vuelta a la configuración de las cosas rotas por el absurdo y desatazadas por el mal que toma forma en todas las violencias sistémicas productoras de víctimas que en nuestra nación ha instaurado particular saña, pero que, a la vez, ha sido fermento de esperanza en el camino de muchos y muchas. Tal vez en el texto de Verduchi tenemos la voz más personal que narra en esta edición. Sin duda, evoca eso que alguien ha dicho por ahí: cuando se cuente la historia de las personas buenas de esta nación, el nombre del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad tendrá un lugar en la lista.

Este libro no tiene más pretensión que colocar un mensaje en una botella. Es hora de lanzarla al mar. Ojalá encuentre buen puerto y en él permanezca.

Las proporciones de la resistencia: Entrevista con Javier Sicilia

Luis Linares: ¿Nos puedes platicar un poco acerca de cuál ha sido tu trayectoria formativa?

Javier Sicilia: Nací en una familia muy católica, sobre todo por parte de mi padre, que además de ser un hombre de profunda fe —“Tengo la fe del carbonero”, solía decir— era poeta. Esos dos universos —el de la religión y el de la poesía— entraron en mi vida desde que nací, entraron juntos y se mezclaron. Para mí poesía y espiritualidad son una sola y misma cosa.

Al principio, sin embargo, la poesía, que disfrutaba mucho cuando papá nos la leía (era un decidor de ella estupendo; jamás, fuera de Jaime Sabines, he escuchado decir poesía como lo hacía mi padre) me parecía cosa de adultos, algo que me habría gustado hacer, pero que me estaba vedado. Junto a los poemas de papá y de sus poetas favoritos —Antonio Machado, Lorca, López Velarde, Neruda, el Neruda de los poemas de amor, Darío, Nervo...—, lo que el niño, que los escuchaba azorado, pudiera escribir era nada. Pero si no podía, podía, al menos, gozarla, dejarla resonar dentro de mí y perderme en las mil evocaciones y sensaciones que me revelaba.

Mi otra formación, la que tiene que ver con la política y que se entretejé con la poesía y la espiritualidad, me vino de mamá. Ella, una tremenda moralista, me enseñó a Gandhi y a Luther King. Gandhi, sobre todo, la conmovía hasta la devoción. Lo mi-

raba como una presencia de Cristo. Por ella leí la biografía que Fisher escribió sobre él y *Mis experiencias con la verdad*, su autobiografía y me empapó de la grandeza de la lucha no-violenta por los derechos civiles de los negros.

Lo que, en cambio, me desagradaba era la escuela, me sigue desagradando. Si pudiera la abolía. Que el Estado o, en el pasado la Iglesia, se hayan arrogado el monopolio del saber y mediante la currícula destruyan una capacidad innata en el ser humano, me parece uno de los grandes crímenes de la modernidad. Cuando leí a Iván Illich entendí con claridad el desagrado que esa cosa producía a mi intuición y a mi experiencia de niño. La escuela, sobre todo la primaria, me fue, para decirlo con las palabras con las que Rimbaud definió su infancia, “una larga enfermedad”. Por ello fui un pésimo estudiante. En quinto año me echaron del Instituto Simón Bolívar y, después, en escuelas pequeñas, proporcionales, donde uno no era un número, sino una persona con nombre y apellido, fui sobrellevándola entre el fútbol y las lecturas de los libros que me interesaban (Verne, Teófilo Gauthier, Salgari, Dumas y los poetas que me revelaba papá).

Cuando llegó el momento de entrar en la preparatoria mis padres me ofrecieron dos posibilidades, siempre relacionadas con una educación que entonces se llamaba –no sé si sigue llamándose así– de inspiración cristiana: el Instituto Patria, de los jesuitas o el Cumbres, de los Legionarios de Cristo. El Cumbres lo rechacé inmediatamente. Los Legionarios desde entonces me parecían la antítesis del Evangelio. La única vez que la palabra legión aparece en él, particularmente en el de Marcos, es para hablar de demonios. Los jesuitas, en cambio, me atraían. Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, son una joya de la espiritualidad. Después de la tradición monástica, a la que llegué tarde y del primer franciscanismo, ellos y los dominicos me parecían lo más alto de la tradición católica. En el Patria se formaron hombres de mi generación a los que respeto muchísimo, como Rafel Landerreche, Ricardo Newman y Hermann Bellinghausen; este último discípulo de un gran poeta jesuita, hermano coadjutor, Mauricio Brehm. Pero el Instituto Patria estaba muy lejos de donde vivíamos y mi

admiración por los jesuitas no era lo suficientemente fuerte como para vencer mi rechazo a la escuela y hacerme lanzarme cada día a una larga peregrinación para llegar a su preparatoria.

Un día mi tía Elsa Schulenburg –hermana del último abad de la Basílica de Guadalupe, Guillermo Schulenburg, casada con el mejor amigo de mi padre, Carlos Heredia, de allí que le llamé, como siempre la llamé, tía– nos contó que los Misioneros del Espíritu Santo acababan de abrir una pequeña preparatoria en Tlalpan, junto a su Escuela Apostólica, muy cerca del Seminario Conciliar: el Instituto de Humanidades y Ciencias (Inhumyc). Fuimos a verla y me agradó. Me gustó que antepusieran las humanidades a las ciencias, que estuviera cerca de casa y que su origen fuera fruto de una pareja espiritual: la de una laica, madre de familia, Concepción Cabrera –recientemente beatificada– con un misionero marista, Félix de Jesús Rougier, a quien Concha, como Teresa de Ávila lo hizo con Juan de Yépez, le torció el camino y se lo llevó con ella a fundar las Obras de la Cruz. Después de años terminé por escribir sus biografías: *Concepción Cabrera de Armida, la amante de Cristo y Félix de Jesús Rougier, la seducción de la Virgen*.

El hecho de que el Inhumyc me agradara, no quiere decir, sin embargo, que me entusiasmara. La escuela seguía sin gustarme. Pero ya que había que transitar por ella (el monopolio del saber está cabrón; ya se sabe: fuera de la Secretaría de Educación Pública no hay salvación y sin su custodia uno se queda, dicen, ignorante y pendejo) y ya que mis padres me daban la oportunidad de elegir, entré en ella. Además, si algo tenía de bueno la escuela, era que allí uno encontraba compañeros de ruta, que a veces nos hacen soportable el tedio de la currícula y, a veces, nos iluminan el camino.

No me equivoqué al elegirla. En el Inhumyc encontré verdaderos compañeros de ruta, en particular dos, que me iluminaron el camino para andar hacia el horizonte que papá y mamá me abrieron: Tomás Calvillo y Fabio Morábito. Tomás traía su chamarra llena de poemas que escribía en todo tipo de hojas. Morábito, que llevaba un año de haber llegado a México, escribía cuentos con una hermosa letra en cuadernos escolares de forma italiana como su nacionalidad. Entonces comencé a escribir.

Hablábamos de poesía, de literatura, de política; me descubrían autores. Por ellos comencé a leer a Marx, al Ché, a Paulo Freire. Hicimos revistas, nos volvimos representantes del Consejo de Alumnos (que para romper la impersonalidad de las planillas llamamos La Comuna) desde, donde inspirados en la experiencia pedagógica de A. S Neill, *Summerhill*, a quien papá admiraba y a quien leí en su biblioteca, logramos que durante un año las calificaciones se realizaran mediante una coevaluación, donde los alumnos pudiéramos, en un balance autocrítico con el profesor, encontrar nuestra justa medida en el aprendizaje. Era mi manera de enfrentar mi desagrado por la escolarización. Logramos también en el último año que el Inhumyc se volviera mixto.

Allí continué siendo un pésimo alumno en el orden de la currícula –nunca sería un buen alumno–, pero junto a mis amigos, y gracias a la libertad de espíritu de los Misioneros, encontré mi camino, aprendí mucho y di una lata de la chingada.

Al salir del Inhumyc, antes de elegir una carrera, me fui, gracias al apoyo de papá, a vivir, junto con Fabio Morábito y otro compañero, Federico Gaxiola, a una comunidad jesuita, dirigida por el jesuita Roberto Guevara, en lo que entonces eran los cinturones de miseria del entonces Distrito Federal. Allí supe lo que era la teología de la liberación vivida en la práctica. Más tarde descubrí –gracias también a Tomás Calvillo– a Lanza del Vasto, el discípulo católico de Gandhi, y su comunidad el Arca, en la que he pasado algunas temporadas, y más tarde –gracias a Jean Robert– a Iván Illich. Ambos, Robert e Illich, le dieron una gran claridad intelectual a lo que Gandhi y Lanza me enseñaron.

Antes de entrar en la UNAM, donde pasé de estudiar Ciencias Políticas a estudiar Letras Francesas para darle una carrera a mis padres, y donde conocí a muchos compañeros de viaje en el misterio de la poesía, quise, gracias a mi estancia en esa comunidad jesuítica, hacerme sacerdote. Lo intenté. Pero, según el maestro de novicios, no tenía vocación, lo que era verdad. Nunca me dijo el motivo, pero yo supongo que se debía a mi incapacidad para la obediencia o, mejor, para someterme a ella; cosa de la que ya había dado muestras a lo largo de mis estudios.

De todos los votos que un sacerdote hace –el de la pobreza, el de la castidad y el de la obediencia; los jesuitas tienen uno más, el de la fidelidad al Papa–, los dos primeros y el último son una elección personal, una elección de tu voluntad. Pero el de la obediencia implica una abdicación de esa misma voluntad, una abdicación de ti, que no estaba dispuesto ni estoy dispuesto a asumir. Nada, me enseñó Gandhi, que no sea una obediencia a tu conciencia. De allí mi anarquismo y mi simpatía por ellos.

LL: Ahora que mencionas anarquismo, en tu obra se puede ver claramente la poesía, y se observa claramente el cristianismo, producto de la influencia de tu familia y de esas dos congregaciones que has mencionado. ¿Cómo has logrado congeniar esos tres elementos? Ser poeta, ser católico y ser anarquista.

JS: Antes que nada, hay que entender lo que el anarquismo significa, porque los nihilistas rusos, a los que Dostoievski le dedica su novela *Los poseídos*, lo contaminaron de violencia y la cargaron de la connotación de desorden, que es ajena a él. El anarquismo (la negación a la obediencia a un poder impuesto) es lo contrario al nihilismo (rechazo a cualquier principio sea político o moral). Gandhi y Tolstoi eran anarquistas, Netchaiev y Bakunin nihilistas.

Un poeta debe tener, en este sentido, una dosis de anarquismo. Si no la tiene, si depende para crear de una convicción doctrinal, destruye la poesía. Los peores poemas que he escrito son aquellos que tienen una clara filiación católica, es decir, una obediencia doctrinal. De igual forma, los peores poemas de Neruda son aquellos que tienen una clara filiación comunista. Allí están el peor Neruda y el peor Sicilia. El poeta, para serlo verdaderamente, debe ser fiel a las revelaciones de su intuición, a eso que está conectado con el misterio de lo trascendente y que no puede ser reducido a ninguna interpretación de naturaleza doctrinal. Todo lo que puedas decir sobre Dios, dicen los místicos, y de alguna forma los poetas, no es Dios. Dios está siempre más allá de cualquier interpretación, de cualquier sujeción doctrinal. Esto no quiere decir que la sustancia de una doctrina no esté en la base de ese decir. *Las Odas elementales* de Neruda, por ejemplo, habrían

sido imposibles sin lo que de verdad está en la sustancia del marxismo, y *La tierra baldía* y *Los cuartetos* de Eliot, sin el depósito de la fe que custodia la Iglesia. La poesía es siempre un más allá de las interpretaciones teológicas, filosóficas y científicas que nacieron también de esa sustancia. Ningún poeta, por más que se declare ajeno a una fe, no puede prescindir de ella; en el caso de Occidente, por ejemplo, de la sustancia del Evangelio.

Jesús mismo, valga el anacronismo, era, como lo mostró Jacques Ellul, uno de los maestros de Illich, en *Anarquismo y cristianismo*, un anarquista. El Evangelio es, en el sentido anacrónico desde el que estoy hablando, un libro anarquista. La obediencia de Jesús no es a la doctrina de la Ley judía, mucho menos a la del imperio romano, que en ese momento ocupa a Israel y con la que los saduceos se las arreglaban bien. Su fidelidad y su obediencia está en su vínculo con el Más allá de Todo, al que llama *Abba* —no padre, como suele traducirse, sino cariñosamente papá o pa. Un vínculo que expresa mediante ese género literario llamado parábola (a veces, con tanta doctrina e interpretación teológica, nos olvidamos del Jesús poeta) y con la fidelidad de su vida a ese vínculo que está en su interior, en la profundidad de su conciencia. Por eso lo juzgan y lo matan. Para Jesús no hay más autoridad que la de Dios, y ese Dios, que es amor, sólo se expresa en la pura y profunda libertad, es decir, en la más pura y profunda gratuidad del ser. Ese, me parece, es el tema del Evangelio. En el fondo no he tenido que conciliar nada. Las tres cosas, el ser poeta, católico y anarquista, beben en mí de la misma fuente.

LL: ¿Eso que mencionas te ha llevado a que, en tus novelas, la figura del místico, el misticismo tenga un papel tan importante? ¿Tiene que ver quizás que el místico vive su fe de una manera distinta?

JS: Sí.

Carlos González: Vive su fe, sin mediaciones ¿no?

JS: Exactamente, el místico es un ser de fronteras. El místico siempre está desbordando el canon, se vuelve conflictivo. Dinamiza

las estructuras y el pensamiento anquilosado de la vida espiritual. Es tan incómodo que a veces se les persigue hasta destruirlo como el caso de Miguel de Molinos dentro del mundo católico o como el de los profetas, los nabíes, en el mundo hebreo, o como el de Al-Allaj dentro del Islam. Este hombre, al que se le conoce como el Cristo Musulmán, decía, como todos los místicos, cosas muy hermosas: “No hay nada en mi manto, salvo Dios”. A veces, como en el caso de Simone Weil se le malinterpreta y se le margina.

Miguel Ángel Osuna: “Nada lo colma”, lo dice San Juan de la Cruz: “No quieras enviarme/ de hoy más mensajero, / que no saben decirme lo que quiero”.

JS: Sólo lo colma la experiencia profunda, directa, íntima que es apenas un atisbo de la plenitud del amor. Después de tenerla, volvemos de nuevo al reclamo de Juan de la Cruz con el que inicia su *Cantico espiritual*: “¿A dónde te escondiste, amado, y me dejaste con gemido?”. Agustín de Hipona lo completa: “Nunca estaremos en paz hasta que lleguemos a ti”.

CG: Se niegan a dominar la experiencia trascendente.

JS: Porque sabe que es imposible dominarla. Por ello, para expresarla, o mejor, para aproximarnos a ella utiliza un lenguaje muy cercano al de la poesía o, como en el caso de Juan de la Cruz o de Teresa de Ávila, abiertamente poético. Ese lenguaje dice: esta es la verdad, pero no puedo decir todo sobre ella, que trasciende cualquier lenguaje. Es como explicar la luz a un ciego de nacimiento. La única forma de hacerlo es mediante metáforas, oxímoros, analogías, en este caso, acústicas.

CG: O como el Maestro Eckhart.

JS: O el Maestro Eckhart, que tiene imágenes tan sorprendentes como escandalosas: El hombre, dice, debe ser tan pobre que no quepa en él ni siquiera una noción de Dios. De tal forma que si Dios desea actuar en el alma de sea hombre sea Dios mismo actuando sobre sí mismo. Algo que se aproxima a la máxima de

un maestro zen: “Si das con el Buda, mátao”. El Buda está siempre más allá del Buda.

CG: El dogma sería lo contrario.

JS: Porque es una interpretación unívoca, una interpretación que pretende conocer, dominar, como dices, lo incognoscible mediante la razón. Los místicos, en cambio, no tienen tales pretensiones. Por ello utilizan el lenguaje poético que, en el orden de la experiencia de Dios, se llama apofático –que etimológicamente significa “decir no”, “negar”–. Los místicos jamás definen a Dios, hablan a partir de su experiencia en él. Volvamos a Juan de la Cruz. Si no nos dicen que es un místico, un religioso carmelita, y nos lo presentan como un puro poeta, diríamos que es un poeta erótico, de un exquisito erotismo donde lo espiritual se dice.

MAO: Romántico.

JS: No, erótico. “¿A dónde te escondiste, amado, y me dejaste con gemido? Quédeme y olvídeme. Amada en el amado transformada”, es erotismo, no romanticismo. Juan tiene una delicadeza erótica que le viene como lenguaje de ese libro extraño dentro de la Biblia que es el Cantar de los Cantares. Si el Cantar de los Cantares no te lo interpretan simbólica y teológicamente, el Cantar de los Cantares es, como el *Cántico espiritual*, un poema erótico: el escarceo de un muchacho y una muchacha que se gustan, se aman, se dicen delicadas exageraciones, hasta entrar en la intimidad de las intimidades donde el lenguaje ya no alcanza.

¿Eso quiere decir que la experiencia de Dios es la experiencia erótica? No; la experiencia de Dios es más que eso, pero se le parece. Es un análogo –hay otros, como el vino en Omar Khayyam, como las moradas y la cámara nupcial de Teresa de Ávila, como la pobreza y la nada en Eckhart, como el vaciamiento, el retiro en Simone Weil o como la noche, que es otro análogo que utiliza Juan de la Cruz–, un análogo como el que emplearíamos con un ciego de nacimiento para hablarle de la luz.

Haber encontrado ese análogo es una genialidad. La experiencia erótica, una experiencia que todo ser humano, a menos que sea una bestia, ha tenido, es la experiencia más fuerte que tenemos en nuestra vida psicofísica, una experiencia que nos saca de nosotros, nos lleva al encuentro del otro y nos transforma, como dice Juan de la Cruz, en él. Una experiencia vital, que funda y contiene el sentido de la vida: “El mundo nace cuando dos se besan”, dice Octavio Paz, en *Piedra de Sol*, un poema sobre el tiempo y el eros. En el caso de Juan de la Cruz, el eros es, valga el análogo, una manera exacta de explicarle, mediante la analogía, a un ciego de nacimiento la alegría y el gozo de la luz.

Por lo mismo, Juan de la Cruz, como tanto otros que ya cité, fue también un perseguido de la interpretación unívoca de la Iglesia. Sus correligionarios lo encarcelaron y la inquisición lo persiguió. Para escapar de ella tuvo que escribir una obra gigantesca, tratando de explicar sus versos en el orden teológico, es decir, en el orden de la teología positiva y aún allí es a veces tremendamente escandaloso.

A mí me gustan esos seres de frontera. Me gusta sus oscuras luminosidades, sus angustias, sus goces, sus dudas, sus desobediencias, sus resistencias, su siempre ir más allá de lo establecido. Los personajes de mis novelas son de esa estirpe.

LL: Hasta hace unos años, tú como poeta, como escritor, buscabas a través de ese medio pudieras expresar tus inquietudes, tu manera de entender la vida, tu propia forma de vivir la espiritualidad. Pero, perdona por hacer esta pregunta que puede ser fuerte; a raíz del asesinato de tu hijo, cuando dijiste que no volverías a escribir poesía, ¿cómo puedes encontrar ahora un medio para seguir diciendo lo que es la vida?

JS: El tema es muy complejo. Hay muchas reflexiones al respecto en *El deshabitado*, mi novela autobiográfica o testimonial. Digamos, sin embargo, para simplificar que elegí para hacerlo el silencio –un tema sobre el que paradójicamente estoy escribiendo varios ensayos, entre ellos está *El hueco del abismo*–. Por desgracia, el silencio tiene mala prensa, parece hoy una cosa negativa.